

**JOSÉ ANTONIO NIETO SOLÍS**

*UN DESTINO COMPARTIDO*



# ÍNDICE

## **1. Los sueños de Ángela Ding**

La secta inmortal	13
Sueño de chocolate	19
La Gitana Micaela	28
¿Dimitir?	40
Rodrigo Rueda, de tú a tú	45

## **2. La Gitana, en movimiento**

Tánger	51
El aspirante a gigoló	55
Rumbo a París	61
Shanghái, jamón	69
Un masaje en los pies	79
Esperando órdenes	81
El Boni	86
Tú Rodrigo, yo también	96

## **3. Reencuentro y huida**

Roma	101
Mesa para dos y paseo	109
Río de Janeiro	118
En el pozo	126
Rodrigo Rueda reflexiona	134

## **4. La Diosa**

Difícil comienzo	143
Vuelta a Madrid	147
Otro doble crimen	156
Erre que erre	160
Tenemos trabajo	167
Los amigos de Rodrigo	171

## **5. A la espera**

Bart en el tanatorio	181
Inés Galván al rescate	187
El catedrático de economía financiera	191
Amalia Palmero en Costa Rica	200
Turista privilegiada	206
Exorcista y vampiro ( <i>Rodrigo entra en trance</i> )	213

## **6. ¿Una falsa pista?**

Rodrigo se va ( <i>o quizá todo ha sido una pesadilla</i> )	225
Un marco social enrarecido	229
Uriel Rubinetto	232
Conjeturas	239
Descartando sospechosos	245
La joven viuda	253
Doble Erre en su salsa	263
Telepatía	274

## **7. Pasión, depresión, ilusión**

Buscando el origen	279
¿Una universidad corrupta?	282
Un mensaje	294
Nuevos datos	301
Muchos Rodrigo Rueda	312
Más sueños	322
¿El destino compartido?	326

## 1. LOS SUEÑOS DE ÁNGELA DING

### La secta inmortal

La última noche que Ángela Ding pasó en prisión tuvo un sueño. Soñó que estaba con Amalia Palmero y que las dos se fundían en un abrazo infinito. Al despuntar el alba se despertó sobresaltada. Estaba convencida de que su amiga seguía allí, en el catre, junto a ella. Alargó la mano, comprobó que estaba sola y recordó que ese mismo sueño ya lo había tenido varias veces. Pero esta vez le pareció más real que nunca. Lo vivió como una premonición y se prometió a sí misma no cejar en su empeño hasta verlo hecho realidad.

El primer día de septiembre de 2015 el calor en la cárcel de Alcalá Meco era insoportable. La calima del norte de África se había adueñado de la península ibérica. No se movía una brizna de aire, ni a ras de tierra ni en las alturas. Incluso de madrugada la atmósfera era densa y seca, casi asfixiante. Ángela Ding estaba empapada en sudor y se sentía muy excitada. Pensaba en su amiga del alma y lugarteniente de *la secta marcada*, y se apoderó de ella el mismo sentimiento contradictorio de otras veces: “¿Qué busco?”, se preguntó. “¿Convertirla en una diosa, cuando la Diosa soy yo? Aliviar mi ansiedad, ¿o alimentar una esperanza que puede venirse abajo cuando salga de estas cuatro paredes?”. Sentía una soledad inmensa, pero le consolaba saber que al día siguiente la oscuridad de esa celda solo sería un recuerdo. “Un recuerdo macabro y una frontera hacia un nuevo destino”, pensó, convencida de que su paso por la cárcel iba a cambiar su vida, el modo de percibir su intimidad, la forma de relacionarse con los demás y su actitud frente al mundo.

Ángela Ding, también llamada la Diosa Oriental, sabía que Amalia Palmero Heredia, más conocida como la Gitana Micaela, iba a seguir en

prisión unos meses más. Anhelaba volver a verla, aunque presentía que el reencuentro ni iba a ser fácil ni podría planificarlo con la precisión que siempre buscaba cuando se empleaba a fondo en algún asunto importante. La combinación del azar, del carácter de la Gitana y de otros elementos que todavía no controlaba dibujaban escenarios muy distintos y en todos ellos había demasiadas incógnitas. Ella misma no sabía aún cómo iba a afrontar lo que en su fuero interno llamaba la nueva etapa de su vida.

A diferencia de Amalia Palmero, Ángela Ding pasó muy poco tiempo la cárcel. Su arresto concluyó con una sentencia judicial que la dejó en libertad sin cargos. Pese al dispositivo policial organizado para detenerlas, todas las pruebas aportadas en su contra fueron desestimadas. No se pudo demostrar que fueran suyas las armas encontradas en el ático de Marbella donde las sorprendió la policía. Las huellas de ambas mujeres estaban por todas partes, pero ninguna de ellas había hecho uso de esas armas de fuego. Ni los restos de ADN encontrados ni los testimonios gráficos obtenidos antes y durante su detención sirvieron para fundamentar las condenas que solicitaba la Fiscalía General del Estado.

La situación de Amalia Palmero era más complicada; pesaban mucho sus antecedentes y estaba aún sin aclarar su presunta participación en un doble asesinato cometido fuera de España. Se la acusaba también de los mismos delitos que a la Diosa, entre ellos, pertenencia a una organización criminal y blanqueo de capitales. Pero el desenlace parecía tan solo cuestión de tiempo: de esperar a que los hilos se movieran convenientemente para que la Gitana quedara en libertad, como su jefa. Así pretendía dictarlo el destino: un devenir marcado, nada inocente, quizá compartido, aunque ese futuro todavía no estaba escrito. Y la espera se les hacía eterna; sobre todo, a quien veía pasar los días, entre rejas.

El ático de Marbella pertenecía a un famoso político madrileño y por él habían desfilado demasiadas personas, demasiadas huellas identificadas, demasiados apellidos conocidos y vinculados casi siempre a casos de corrupción, aunque solo algunos de sus protagonistas estaban encarcelados. Los demás, que no eran pocos, se esforzaban en alargar las causas judiciales, aprovechando los recovecos legales y la ineficiencia administrativa para pasearse incluso por las tertulias de mayor audiencia. Las leyes españolas, como también sucede en otros muchos países, pueden ser muy

flexibles o muy rígidas, según cómo se interpreten, quién ejerza más presión y de dónde sople viento. A menudo los tentáculos del poder y del dinero funcionan a la perfección para frenar o para facilitar determinados procesos judiciales. Y Ángela Ding tenía muy buenos contactos. Sus *hermanos de sangre*, los miembros de la secta marcada, estaban bien situados en los núcleos del poder político, económico, judicial y mediático, y mantenían estrechas relaciones con otras élites que directa e indirectamente servían de apoyo a las actividades delictivas de *la secta*.

Con esos mimbres, la Diosa Oriental recuperó en un tiempo récord todos sus derechos como ciudadana. En opinión de *la jueza* que dictó la sentencia no podía concluirse que estuviera involucrada en ninguno de los delitos por los que fue imputada: ni penales, ni fiscales, ni ninguna otra actividad al margen de la ley. En el auto judicial quedó claro que, a todos los efectos, sus negocios no vulneraban la legislación vigente, su patrimonio estaba justificado, y su arraigo en España disipaba cualquier riesgo de fuga. De acuerdo con esa interpretación, no podía demostrarse que Ángela Ding perteneciera a un grupo de delincuencia organizada y menos aún que fuera su máxima responsable. En un hecho poco habitual, la Fiscalía Anticorrupción decidió no apelar su auto de libertad.

Cuando la inspectora de policía Marian Labordeta supo la noticia montó en cólera y así se lo hizo saber a su colaborador más directo, el subinspector Marcos Peñafiel. Ella acababa de incorporarse al trabajo después de unos días de descanso. Él estaba a punto de iniciar un breve periodo de vacaciones. Unas vacaciones que ansiaba disfrutar, porque las necesitaba como agua de mayo.

—Lotería judicial, Marcos, eso es lo que dijiste. Que dependíamos del azar. ¡Maldito azar! Mira que eres gafe...

—Lo que faltaba, Marian... Que despotriques contra mí y me echas la culpa. ¡Y eso que vuelves relajadita de la playa!

—¡No hay relax que cien años dure! En todo caso, el afortunado eres tú... Mañana mismo podrás olvidarte unos días de todo esto. Y yo seguiré dándole vueltas, porque el panorama que se dibuja no me gusta nada. ¿Ves lógico que a la Diosa le devuelvan el pasaporte nada más salir de la cárcel?

—Sale limpia. La lógica se sustenta en la interpretación judicial. Y en esa interpretación, no hay riesgo de fuga. Cuando yo hablaba del factor

suerte me refería también, aunque no lo dije, a su lado más brillante. Pero esta vez el brillo ha sido opaco, oxidado, casposo. Sabíamos que si el expediente caía en ese juzgado, con esa jueza como protagonista...

—Se veía venir. La lógica solo podía emitir destellos en una dirección, tal y como ha sucedido. Nuestro trabajo no vale un pimiento. Ni la evidencia de que la secta sigue viva, ni que pilláramos a Ángela Ding y Amalia Palmero con las manos en la masa; con las manos manchadas de sangre y al frente de un batallón de criminales y corruptos. ¡Nada!... Sus delitos se los lleva el viento. Ese viento judicial que se queda ciego ante la delincuencia de guante blanco y se tapa los oídos demasiadas veces cuando los crímenes parecen contar con el apoyo de personas vinculadas al poder. ¡Esas dos palomitas tendrían que seguir en la jaula mucho tiempo!

—Pero no va a ser así, por el momento. En sede judicial ha quedado claro que fueron víctimas de una acción policial desproporcionada —añadió Marcos Peñafiel—. De una actuación que vulneró la normativa vigente, aunque te joda que se diga eso, inspectora. Aunque parezca alucinante que no tomen en consideración las pruebas aportadas y aleguen que pueden haber sido manipuladas por nosotros.

—Es tremendo, pero así estamos. ¿Qué me dices de la Gitana? ¿Ella también respirará aire puro en menos que canta un gallo?

—Si se impone la misma lógica, su mano derecha seguirá los mismos pasos y estará en la calle dentro de poco.

—La lógica del azar, quieres decir —le interrumpió Labordeta.

—Relájate, coño, que te sienta muy bien el bronceado veraniego.

—Muchas gracias, hombre. Aunque estoy relajada, la procesión va por dentro. Como tú mismo has dicho: jode ver todo esto. Tanto esfuerzo... y, al final, los malos somos nosotros.

—Ya veremos. Tenemos más información que nadie sobre la secta. Siguen activos, aunque juren lo contrario. La Diosa... ¡vete a saber lo que hará!, pero se ha comprometido a colaborar con la justicia. La Gitana todavía está en una celda y quizá salga escaldada.

—¿Escaldada? ¡No me hagas reír! No es un gatito. Pero es cierto que la prioridad ahora es vigilar a Ángela Ding. Esa sí se mueve con sigilo. Y cada vez tendrá más cuidado, evitará riesgos, eludirá conflictos.

—Siempre ha actuado con guantes de seda. ¿Quieres decir que ahora se camuflará aún más para seguir haciendo lo mismo? —preguntó Marcos.

—No me cabe la menor duda. Se dedicará al noble arte de actuar a través de terceros. ¿Qué piensas tú?

—No lo sé, Marian. Esas dos mujeres siempre se han servido de terceros. Es verdad que la Gitana se dejaba ver y que todo el mundo la temía y la seguirán temiendo. La Diosa también provoca escalofríos, pero más por sus decisiones que por su acción directa. A mí siempre me ha parecido una estatua de acero, capaz de controlarlo y dirigirlo todo con la mirada. ¿Seguirá así? ¿Seguirán repartiéndose los papeles?

—Tengo la sensación de que entre esas dos mujeres hay mucho más que una relación jerárquica. Y también sospecho que cada una tiene un proyecto distinto. Lo que no podemos saber todavía es si cambiará alguna de ellas, o ambas, si sus planes serán compatibles, o si se dedicarán a las ciencias ocultas. En fin, habrá que seguir tras ellas.

—Por lo siglos de los siglos, ¡amén?

—No puedes evitarlo, ¡eh! Te sale el curilla que te enseñó religión —ironizó la inspectora.

—Vete a cazar gamusinos, ¡anda! Y deja de hacer cábalas; ya ves que sirven de muy poco, aunque tú creas lo contrario.

—Sabes que no suelo equivocarme.

—¿En qué? —preguntó él, desafiante.

—En cuestiones del corazón, tampoco, Marcos. Y te veo bien... ¿Qué tal tu Inés?

—Radiante y encantadora. Muchas gracias.

—¿Algo que contar?

—No, inspectora. Nada nuevo, por ahora. Ella, tan bien como siempre. Y yo no me puedo quejar. Soy un hombre feliz —canturreó—. Y mañana lo seré mucho más. Playita, buena compañía, un libro, un daiquiri... Así de fácil.

Las sospechas de los dos policías no andaban desencaminadas. Conocían muy bien a la máxima dirigente de la secta marcada y a su principal ayudante. Marian Labordeta estaba convencida de que ambas mujeres volverían a las andadas, porque tras ellas había grupos de interés

muy poderosos. Pero Marcos Peñafiel no lo tenía tan claro: Ángela Ding se mostraba dispuesta a colaborar con la policía y eso le hacía dudar.

—Aunque el paso por la cárcel las cambie, sus objetivos seguirán apuntando en la misma dirección —afirmó Labordeta, antes de entrar con el subinspector en el despacho que compartían con otros dos miembros de la brigada especial de investigación de la Policía Nacional.

—No sé qué decir, Marian. Quizá la Diosa se haga budista y nos sirva en bandeja la cabeza de algún mafioso, como ha insinuado. Siempre es fácil encontrar a alguien con las manos manchadas, cargarle los muertos que haga falta y, mientras tanto, volvernos locos con sus filigranas y sus negocios entre lo legal y lo ilegal —añadió Peñafiel—. De momento, estamos persiguiendo sombras: una que acaba de ser excarcelada y otra que aún sigue meditando, a oscuras y entre rejas. Tal vez yo esté equivocado sobre qué harán a partir de ahora, pero me temo que solo el tiempo lo aclarará.

—Estás equivocado y tú lo sabes, pero te pierde el ansia de cribarlo todo por el filtro de la razón, antes incluso de que la razón se manifieste.

—No soy capaz de concitar a los astros para que la intuición sea mi guía —esgrimió, provocador—. Aunque sé que no hay nada tan engañoso como un hecho obvio, parece obvio que la Diosa, por el momento, no contará con el apoyo de su amiga; que la justicia sigue siendo una lotería; y que el marrón nos lo comeremos nosotros, siempre. Lo demás, habrá que verlo.

La historia parecía repetirse, aunque los escenarios cambiaran. La buena disposición de Ángela Ding podía ser solo una estratagema. Pero la policía no sabía aún a qué atenerse. Ignoraban que durante su estancia en la cárcel la Diosa Oriental maduró una decisión que ya rondaba por su cabeza desde hacía tiempo: quería alejarse de la delincuencia más tradicional y aprovechar las ventajas de la globalización financiera para seguir acumulando riqueza y poder sin mancharse las manos. Sin embargo, en su proyecto vital faltaba por encajar una pieza fundamental: la Gitana Micaela.

Amalia Palmero Heredia era hija de un señorito andaluz, que dilapidó su fortuna en los casinos, y de una bailaora gitana, llamada Micaela Heredia, que falleció muy joven. Aunque su caso presentaba serias complicaciones procesales, quedaría en libertad en abril de 2016, a la espera de juicio por algunos de los delitos que se le imputaban.

Como sucedió con su amiga, los mismos contactos, los mismos argumentos y similares procesos judiciales y extrajudiciales iban a resultar decisivos para lograr su excarcelación. Eso sí, a diferencia de la Diosa, la Gitana saldría de la cárcel como un toro de lidia cuando salta al ruedo. Dispuesta también a cambiar de vida, pero después de cumplir un objetivo muy claro: ver correr la sangre de quienes consideraba responsables principales de su situación y de sus penurias.

### **Sueño de chocolate**

Ángela Ding había dado instrucciones muy claras: cuando saliera de prisión no quería ver a nadie ni hablar con ninguno de sus colaboradores. Solo permitió que su abogado la recogiera a las puertas de la cárcel para llevarla a la colonia de El Viso, donde tenía fijada su residencia en Madrid. En el trayecto reiteró su deseo de no ser molestada hasta que ella dijera con quién quería despachar y sobre qué temas. Y pidió al abogado que durante las siguientes cuarenta y ocho horas se encargara él de hacer cumplir esas órdenes, filtrando y posponiendo cualquier intento de contactar con ella.

La Diosa Oriental era una mujer muy especial. Combinaba la firmeza de su carácter con el placer de sumergirse en sus sueños y disfrutar de ellos como si fueran reales. Cuando recuperó la libertad, tenía muy claro su primer objetivo: visitar el Museo del Prado. Antes, pasó por su casa para cambiarse de ropa y ordenar al servicio doméstico que se tomara el día libre: no quería ver a nadie a su alrededor. A continuación, avanzada ya la tarde, tomó un taxi y fue directa al museo. Al entrar, se encaminó con paso firme hacia un destino que conocía muy bien. Quería rendir homenaje a su cuadro favorito: *El Jardín de las Delicias*. Tuvo que dar más de una vuelta por el interior del recinto hasta que se aproximó la hora de cierre y la sala en la que se encuentra la obra de El Bosco quedó casi vacía. Entonces, sin que nadie se percatara, entabló un breve diálogo con un personaje del cuadro. Habló con uno de los hombrecillos que parecen coger un fruto de un árbol, en el lado derecho de la parte central del tríptico. A continuación, giró la vista a la derecha y fijó la mirada en la partitura que aparece grabada en la parte trasera de una de las víctimas condenadas al infierno. Habló con ambas figuras como si fueran la misma persona, como si fueran su

padre. Al más joven le echó en cara que se largase tras dejar embarazada a su madre. Al que yacía en el Averno le reprochó el abandono al que se vio sometida desde la más tierna infancia. Luego se despidió de ambos levantando el dedo anular de cada una de sus manos y, pese a la obscenidad del gesto, les dio las gracias por seguir ahí, inmóviles, el resto de sus días. Esa era su particular forma de recordar todos los años la ausencia de su padre, sin necesidad de recurrir a psicólogos ni gastar un solo euro en recomponer su orden interno, su equilibrio emocional o lo que quiera que la Diosa ocultara en lo más profundo de su ser. Actuaba así porque sabía que gracias al carácter y la firme determinación de su madre ella logró crecer con una fuerza interna y una seguridad en sí misma fuera de lo común.

Al salir del museo se dirigió al Hotel Palace. Se sentó bajo la cúpula acristalada de la cafetería y devoró de un trago medio *dry martini*. Le supo a gloria y pidió una segunda copa, antes de haber terminado la primera. “Necesito elevarme por encima de este miserable suelo que piso”, pensó. “Pero más vale que me dé prisa. Hace tiempo que no pruebo una gota de alcohol y estoy deseando quitarme estos malditos zapatos”. Cuando llegó el camarero con el segundo servicio aprovechó para pedir la cuenta y así poder regresar a casa sin tener que esperar más tiempo del deseado y, sobre todo, sin caer en la tentación de beber más. El segundo cóctel lo bebió con más calma. Se le hizo más seco y duro. Le pareció menos logrado que el anterior. Estuvo a punto de deglutir la estúpida aceituna con la que, en su opinión, algunos creen darle el toque de gracia a tan sencilla mezcla: una gota de Martini en un mar de ginebra.

Volvió a su casa en taxi. En el trayecto recordó cómo pocas horas antes ya había recorrido los rincones favoritos de su hogar, para comprobar que todo estaba en su sitio y sentir el olor a intimidad y libertad que tanto había echado de menos. Nada más abrir la puerta se dirigió al dormitorio y comenzó a quitarse la ropa, empezando por los zapatos de tacón, que quedaron huérfanos, cada uno por un lado, en medio del parqué. Así, con los sentimientos a flor de piel y el alcohol en las venas, se sumió de inmediato en un sueño con el que ya había fantaseado en más de una ocasión cuando estaba en la cárcel.

Soñó Ángela Ding que alquilaba una suite en el Palace y solicitaba los servicios de una reputada agencia de masajes. Por supuesto, de una agencia

controlada por la secta que ella aún lideraba, aunque la disolución formal de esa organización criminal tuvo lugar la noche del 1 de noviembre de 2014, víspera del día de los difuntos, una de las tres fechas marcadas en el calendario de los ritos anuales que reunían a los más selectos miembros de ese club semiclandestino.

Soñó la Diosa que los vínculos de sangre no se borran nunca y que sus incondicionales seguían adorando su belleza escultural, su mano firme en la toma de decisiones y su buen hacer en los negocios colectivos. Soñó también que todos se postraban ante ella y bendecían su piel de nácar, su mirada de zafiro imperturbable y su capacidad para diseccionar cualquier pensamiento ajeno, por fugaz que fuera. En su ánimo, como si ella misma estuviera en *El Jardín de las Delicias*, todo era orden aparente y todo tenía un porqué: a nadie parecía importarle si era *tierna y brutal* a la vez, y nadie cuestionaba su *dulzura infinitamente cruel*, ni su forma de tomar decisiones, por extrañas que pudieran parecer a quienes menos la conocían.

Ángela Ding entreabrió los ojos, pero prefirió seguir soñando o seguir soñando que soñaba. Y volvió a recrearse en la misma idea a la que tantas vueltas le dio en sus largas noches de insomnio: la secta marcada podía convertirse en inmortal si conseguía desplazar su ámbito de operaciones a Oriente, alejándose todo lo posible de ese pequeño y tormentoso país llamado España.

Incluso en el duermevela que la envolvía era consciente de que había manejado los hilos de la secta en beneficio de casi todos sus hermanos, incluido alguno que no lo merecía. Sabía que el reparto de prebendas y privilegios nunca fue, ni quiso ser, equilibrado ni justo. Y no ignoraba que pese a su arbitrario y a menudo contradictorio comportamiento casi todos los integrantes de la organización le estaban muy agradecidos, y se mostraban dispuestos a fortalecer el espíritu de camaradería que unía sus vidas espirituales y les proporcionaba unas condiciones envidiables de bienestar material. Pero entre ellos había al menos un traidor. Alguien que había delatado a Amalia Palmero y permitió, de ese modo, que la policía las detuviera a ambas en una operación que dirigió con éxito la inspectora Marian Labordeta. “La Gitana se vengará”, pensó Ángela Ding, una vez más. “Y yo tendré que ayudarla, aunque me cueste”.

Con esa idea en la cabeza, su adorada amiga apareció fugazmente en su sueño, completamente desnuda, andando de puntillas y con una

manzana en la mano. La Gitana ansiaba morder la manzana, pero echó a correr al escuchar los ladridos de *tres perros negros* que corrían tras ella. Regresó a la cárcel sin responder la pregunta que a Ángela Ding le quemaba las entrañas: ¿Volvería Amalia Palmero dócil y dispuesta a buscar un destino compartido? ¿O se despertaría de nuevo el animal salvaje que la Gitana Micaela llevaba dentro? Esa bestia que ella había conseguido domesticar hasta convertirla en el brazo ejecutor de sus deseos y caprichos, en su amante bandida y también en la dueña de su corazón, como constató un día tras otro mientras estaba encarcelada.

En su delirio onírico, Ángela Ding se vio rodeada de un ejército de hombres y mujeres con formas de animales, aunque nadie eclipsaba su belleza mestiza, ni su porte enigmático, ni la autoridad que irradiaba incluso sin pronunciar palabra alguna. Estaba celebrando su primer día de libertad tras haber pasado, según ella, demasiado tiempo sometida a un férreo control. A una vigilancia que solo le permitía soñar, como lo estaba haciendo ahora, unas veces dormida, otras veces despierta, y en algunas ocasiones sin saber muy bien quién dictaba las normas, si la cruda realidad o sus fantasías más íntimas, que parecían crecer como una bola de nieve rodando por la ladera de un monte. “¿Tanto me ha cambiado la cárcel como para que siga soñando, en lugar de organizar una verdadera orgía solo para mí?”, se preguntó la Diosa, aunque ella conocía mejor que nadie la respuesta y el argumento central que la sustentaba, que no era otro que la promesa que se hizo a sí misma de guardar fidelidad, por primera vez en su vida, a algo, en este caso a alguien, o al menos a la imagen de alguien: a la Gitana.

Como si en su sueño todo estuviera planificado, entraron en la habitación del hotel una mujer rubia y dos hombres, uno blanco y otro negro. La rubia, exuberante, llevaba unas gruesas gafas de pasta y lucía como único atuendo un cinturón de piel ajustado a la cintura. El hombre blanco tenía un sombrero de *cowboy* y unas largas trenzas rematadas en sus extremos con lazos de color rosa. El varón negro portaba un escueto taparrabos y una caja de preservativos en una mano. Ambos eran altos y de complexión atlética.

La rubia la ayudó a ducharse y secarse el cabello, acariciándola con suavidad y sorbiendo con los labios y con la punta de lengua algunas gotas

de agua que bajaban por el cuello o por el borde de las orejas de la Diosa. Le ofreció después el cepillo de dientes, pero Ángela Ding no quiso utilizarlo: prefería mantener intacto en su paladar el sabor del *dry martini*. Con la toalla en la cabeza como único atuendo, se miró en el espejo, admiró una vez más sus curvas perfectas, y empezó a cubrir con chocolate suave y cremoso todo su cuerpo, desde los hombros hasta los pies, recreándose en el pecho, el vientre, las nalgas y las piernas. Mientras los dos hombres la miraban, la mujer rubia sorbía de cuando en cuando un poco de chocolate, lamiéndolo con delicadeza del cuerpo de la Diosa. Después le chupó uno a uno los dedos de ambas manos y quiso ella misma bañarse también en chocolate. Pero Ángela Ding no se lo permitió: el color de ese sueño era solo para ella; quien quisiera compartirlo tendrían que mojarse *en ella* y solo de ese modo podría fundirse en una ilusión *tan real*.

La piel de la Diosa Oriental, clara y suave, quedó eclipsada por una fina capa marrón, ni muy sólida ni muy líquida, ni muy fría ni por supuesto muy caliente. “Chocolate puro sobre un diamante pulido”, soñó Ángela Ding que soñaba. “Formas cremosas dibujadas con capricho sobre un contorno natural siempre apetecible”, imaginó que le decía al oído la rubia, posando su generoso pecho sobre los hombros de ella. Así, luciendo su desnudez bañada en chocolate y en compañía de la mujer que la miraba embelesada, la Diosa se tumbó en la cama y siguió acariciando su cuerpo, hasta que consideró que había llegado el momento de disfrutar por completo del pequeño lujo a su medida concebido para la ocasión: un masaje a varias manos, por todo el cuerpo. Pellizcó con suavidad su pezón derecho y mantuvo la mano izquierda debajo del otro pecho, sopesándolo cual fruta que invita a ser degustada, como en su cuadro favorito del Museo del Prado. Movi6 la lengua alrededor de la boca y desliz6 los dientes por su labio inferior, mordiéndolo con suavidad. Sintió el hormigueo creciente que le subía desde los muslos hasta el cuello, la humedad de la entrepierna y el despertar del placer en su más profunda intimidad.

Hizo sonar entonces una pequeña campana y el hombre negro se despoj6 del taparrabos que llevaba y se aproxim6 lentamente. También se acerc6 a la cama, más tímido y distante, el ambiguo personaje con sombrero de *cowboy* y trenzas con lazos de color rosa.

Siguió soñando Ángela Ding, aunque de nuevo abrió los ojos un momento y notó que tenía los labios muy secos. Un mar de ginebra bailaba

dentro de ella, como un buque atracado en un puerto que se mece al vaivén de las olas. Se sintió algo culpable durante un instante por no controlar por completo ni su cuerpo ni su sueño, pero, para alejar cualquier remordimiento, siguió masturbándose con más intensidad de lo que ya lo estaba haciendo.

A Ángela le encantaban las escenas de sexo en grupo, pero le parecía humillante el papel que casi siempre se atribuye en ellas a las mujeres. Con esa idea moviéndose como un péndulo entre el placer de dejar volar su imaginación y el desprecio más profundo ante la humillación femenina, se acordó del sufrimiento que infligieron a la Gitana *tres hombres*, en un hotel de Nueva York. Y recordó lo poco que le gustaba a su amiga hablar de aquel episodio, aunque hacía ya seis años que todo aquello había sucedido. Para quitárselo de la cabeza, hizo sonar de nuevo la campana dorada que tenía al lado de la cama. Con ella activó una solución apropiada al momento que vivía: “En mi orgía mando yo”, se dijo. “Y las cosas no tienen por qué hacerse desde una perspectiva masculina: desde una sensualidad superficial, visual, impulsiva, caduca, superflua..., aunque más de un artista opine lo contrario y a veces lleve razón”. Así, la Diosa añoró de nuevo a Amalia Palmero y pensó que si pudiera contarle sus fantasías al oído su amiga se alegraría mucho, porque le encantaba la perversión, le repelían los sentimientos posesivos y le daba igual acostarse con un hombre, con una mujer, o con varios a la vez, ya fueran hombres o mujeres, siempre que el centro de atención fuera ella. Al pensarlo, la imaginó satisfecha. Y eso la hizo aún más feliz.

En su ascensión hacia el clímax, con dos de sus dedos moviéndose al compás que marcaba su propio deseo, Ángela Ding borró de su mente los pensamientos menos placenteros y sus acompañantes oníricos comenzaron a lamerle el cuerpo, desde el dedo gordo del pie derecho hasta los pezones enhiestos, desde el cuello y el lóbulo de la oreja izquierda hasta la mística curva que une el ombligo y el vello púbico. Eran tres lenguas distintas fundidas en una misma tarea. Tres lenguas diferentes y un solo lenguaje. A veces se encontraban, como por casualidad, y se unían en caricias recíprocas. Otras veces se sumergían en la noche más profunda de la caverna de la vida, para salir de nuevo a la luz y fundirse en un beso prolongado con la boca de la Diosa: una boca generosa que se abría para recibir el sabor y la

textura de las demás y entregarles a cambio su propio néctar. Tres cuerpos adorables, y otro que se sabía capaz de atrapar a los demás con su magnetismo erótico; de retenerlos allí, en el sueño moldeado para recibir como obsequio el placer que necesitaba: un placer que ni su riqueza ni su poder ni la seguridad en ella misma podían proporcionarle en ese momento. “¿Y por qué no?”, se preguntó la Diosa. “¿Por qué no voy a hacer realidad mi sueño? Nadie me lo impide. Soy yo, por primera vez en mi vida, que me siento bloqueada ante algo, ante mí misma, ante una imagen que me he forjado y una intensidad que prefiero vivir soñando, o soñarla despierta, en lugar de andar por ahí mendigando sexo, mientras espero al amor de mi vida”. Según lo pensaba, volvió a cerrar los ojos y siguió acariciándose. Sus dos manos trabajaban coordinadas y casi todos los dedos cumplían alguna misión. Así, tal y como era su deseo, su mente optó por deleitarse solo en las sensaciones más sabrosas.

Servidores de una causa común, los tres atletas sexuales intercambiaban posiciones y caricias, juegos eróticos subidos de tono y roles de dominación, a veces ambiguos y otras claramente definidos. Alternaban susurros y gritos, suaves al principio, pero de intensidad creciente a medida que avanzaban en su entrega. En tan fantástico escenario sus protagonistas parecían gozar de total autonomía, pero se dejaban guiar siempre por la intuición, la sensualidad y la mirada jerárquica de la Diosa. Si ella insinuaba algo, un lugar, un ritmo, un cambio de posición, los demás parecían captarlo al momento, como si hubieran sido entrenados para ese propósito. En la mente de Ángela Ding no había más improvisación que la que nace de dar rienda suelta a la técnica más depurada y a la experiencia como arte para destilar lo mejor de cada uno, en cada momento y del modo más natural posible. Esa idea, trasladada a su cuerpo y a lo que sentía en ese momento, la llevaba a ver su rostro iluminado con luz propia, sus pechos dulces y firmes, sus piernas suaves y consistentes, y sus manos hábiles y alargadas, mientras las otras seis manos que la acompañaban tejían una red de caricias por su espalda, de arriba abajo; por toda su piel; por todo su ser, aunque le faltaba algo que no podía estar con ella por mucho que soñara. Sin embargo, esa insatisfacción la excitaba más aún y estimulaba su deseo de seguir buscando y de seguir buscándose. De disfrutar por un instante

de una contradicción que nadie más que ella podía percibir, ni imaginar, ni por supuesto cuestionar.

De hecho, sobre su sueño de chocolate sobrevolaba de manera ocasional alguna nube negra que no conseguía controlar por completo, aunque en un abrir y cerrar de ojos lograba disiparlas para que no descargara sobre ella su lluvia, a modo de reproches, de dudas o del más mínimo atisbo de inseguridad. Le pareció escuchar incluso los truenos de una tormenta que se aproximaba y pensó: “Ningún nubarrón me va a privar del placer de masturbarme en tres dimensiones. ¡Que se enteren mis neuronas y todos los poros de mi piel! Que guarden este recuerdo en clave de permanencia y no de destello que se apaga tras brillar un instante, como si fuera un rayo en medio de la noche. ¡Que lo sienta la Gitana!, ya que no puede verme ni escucharme ahora. Sé que no podré pedirle la fidelidad que yo sí quiero guardarle a ella. Me conformaré con su lealtad y con sus besos, si ella quiere y cuando quiera”.

El juego erótico terminó de un modo que, pese a su propósito de mantenerlo todo bajo control, Ángela Ding no conseguía recordar con claridad. En algún momento, se veía apoyando las rodillas y las manos sobre la cama, con el *cowboy* detrás y el negro delante, mirándola fijamente a los ojos, mientras la mujer rubia paseaba su lengua y su busto por los lugares del cuerpo de la Diosa en los que aún quedaban restos de chocolate. Pero, al mismo tiempo, se imaginaba a sí misma más cerca del universo femenino y casi le repelía la presencia de dos hombres en su sueño. Eso tenía mucho que ver con el tránsito vital que fue asumiendo como una nueva realidad mientras estuvo en prisión. Antes de ser encarcelada había disfrutado de todas las satisfacciones sexuales que se propuso; pero ahora imaginaba su futuro de un modo diferente. Más sencillo, según ella. Y más satisfactorio, también. “Me gustaría verme rodeada solo de mujeres”, solía decirse y volvió a pensarlo. “Sin patriarcas ni machos alfa; sin sensibilidades arrítmicas a las que atender; sin posesiones obsesivas ni humillaciones ancestrales.” Todo eso parecía formar parte de una de las dimensiones esenciales del universo que anhelaba la Diosa, porque se lo pedía su cuerpo y porque así se lo había repetido muchas veces. Con esas emociones bailando en su cabeza, sintió de nuevo la garganta reseca y quiso levantarse para beber agua. Pero prefirió seguir tumbada, boca arriba, en la cama del hotel. Olió sus dedos,

los mojó de nuevo en la humedad de la entrepierna, constató que podían seguir navegando allí abajo, pero decidió concederse un descanso, porque el suspiro de alivio que deseaba ya se había producido. Cerró entonces las piernas y lo que ellas ocultaban, e hizo un gesto de desprecio con ambas manos para que los dos hombres abandonaran la habitación. Su función como actores secundarios en el teatro de los sueños había concluido: era la hora de las mujeres. Volvió a recordar entonces *el trauma* de la Gitana, aquella escena horrible que le contó su amiga, y sintió asco y rabia. Pero no debía insistir en ello: no tenía que abrir esa puerta.

Tras apartar la nube negra del *recuerdo maldito*, se quedó a solas con la mujer rubia y le pidió que se acostara a su lado y la abrazara. Apoyó la cabeza sobre su pecho, mientras se dejaba acariciar la espalda. De ese modo, Ángela Ding parecía rememorar momentos similares vividos en otros brazos. Y ese recuerdo le erizaba la piel y la sumía en una leve melancolía que la llevó a apretar con fuerza a su compañera imaginaria. Las dos mujeres continuaron acariciándose y besándose con calma, con deleite, con naturalidad y confianza, convencidas de que sus cuerpos no necesitaban nada más en ese momento. Querían colmarse de felicidad y ternura. De intimidad epidérmica y de esencias fundidas en un afecto compartido. Todavía excitada, pero ya despierta, imaginó por última vez a la mujer que la acompañaba en su sueño y la vio convertida en Amalia Palmero, en su lugarteniente la Gitana, en la temible Micaela: tres personas distintas en un solo amor verdadero. Vio la transformación de su piel y de su pelo. Y recordó que ya había visto todo eso en el momento mágico del frenesí. “El universo entero carecería de magia si no fuera por las mujeres”, reflexionó, ya más calmada. “La vida misma nos debe la vida”, añadió, consciente de la redundancia de su pensamiento, mientras se levantaba de la cama. Al hacerlo, vio sus dos zapatos de tacón en el suelo, cada uno por un lado, y lanzó desde la distancia sendos besos, soplando para que llegaran a su destino. Un beso era para la rubia imaginaria embutida en sus gafas de pasta negra. El otro beso era para la Gitana. Luego abrió la ventana y comprobó que el cielo se había llenado de nubes que estaban a punto de descargar una tormenta de verano. Nubes afortunadas que refrescarían el ambiente, llevándose el bochorno que invadía la ciudad. Nubes en las que Ángela Ding quiso ver también el final de una etapa de su vida, aunque no estaba segura de ello.

## La Gitana Micaela

El 15 de abril de 2016, viernes, Amalia Palmero Heredia abandonó la cárcel en situación de libertad con cargos. La jueza admitió a trámite distintas pruebas que la relacionaban con actos delictivos cometidos fuera de España, pero no consideró probada su participación en ellos. Como conclusión, quedó demostrado que Amalia Palmero, la Gitana Micaela, estuvo en la isla caribeña de Curaçao para disfrutar del buen clima y activar algunos negocios privados, en apariencia legales, y que salió de allí con rumbo a Ámsterdam, poco antes de la explosión de un yate en el que murieron dos personas. La embarcación surcaba las aguas limítrofes de Venezuela. Pese a la evidencia de que se trataba de un doble asesinato, no fue posible avanzar en la investigación sobre esos sucesos, en gran medida por la escasa voluntad de colaboración de las autoridades locales.

Solo la policía española parecía convencida de que la Gitana organizó aquel doble crimen y lo dejó programado para que culminara mientras ella volaba hacia Holanda. Los responsables de Europol compartían esa sospecha, pero dieron prioridad a una acción más segura y contundente: prefirieron detener a varios miembros de una banda de delincuentes vinculada a la misma trama, porque en ese caso sí disponían de pruebas que los relacionaban con la tenencia de armas, la prostitución y la distribución de drogas. Al final, los distintos cuerpos policiales europeos involucrados en la operación contra la Diosa Oriental y la Gitana Micaela no lograron ponerse de acuerdo para impedir que esta última también recuperara su libertad, como ya lo había hecho su jefa, medio año antes.

Cuando le fue notificada su excarcelación, Amalia Palmero sabía muy bien lo que iba a hacer. Lo tenía muy claro porque en ella seguía vivo el animal que personificaba a la perfección su otra dimensión interna, la de Micaela, la Gitana. Aunque durante el tiempo que estuvo en prisión se comportó de manera modélica, sus planes eran muy distintos a los de su amiga y máxima dirigente de la secta marcada.

Tez morena, pelo negro, un metro setenta y cinco de estatura, largas piernas, ojos de aceituna, rostro anguloso y labios perfectamente dibujados, cuando salió de la cárcel de Soto del Real a Amalia Palmero solo la

esperaba un taxi, para llevarla a Madrid. Ella también había insistido en que no quería ver a nadie. Solo un hombre, que la iba a acompañar al inicio de su viaje, estaba informado de cuáles iban a ser sus primeros pasos. Más que a la vigilancia policial, la Gitana temía ser seguida por alguien de la secta. Con esa idea en la cabeza, se bajó del taxi en la Plaza de Castilla y tomó el metro hasta Cuatro Caminos. En las escaleras de salida del metro, a pie de calle, la esperaba un joven, vestido con un chándal y una gorra. Se saludaron, mantuvieron una breve conversación y él le dio a ella una bolsa de viaje, antes de que cada uno siguiera su camino.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Todo según lo pactado. Espero más instrucciones —respondió él.

—Las tendrás, mañana. Asegúrate de que están trabajando, tal y como te pedí.

—Están en ello, no te preocupes. Nos vemos en el sur —dijo, a modo de despedida.

Él se introdujo en el metro y ella tomó un taxi para ir a la estación de Atocha. Con el dinero y la documentación que le entregó su contacto, la Gitana compró un billete para el tren de alta velocidad que estaba a punto de salir hacia Málaga. Además del material y del dinero que había pedido, la bolsa de viaje contenía varios pasaportes que iba a necesitar durante el viaje. Le hizo gracia ver su foto en un pasaporte belga, pero se sintió satisfecha porque el documento no despertaba sospecha alguna: parecía auténtico.

Nada más llegar a la capital de la Costa del Sol alquiló un coche y puso rumbo a la vecina localidad de Mijas. A la caída de la tarde llamó por teléfono a uno de sus contactos en la zona. La Gitana Micaela sabía que aquel hombre era el responsable de haber destapado la trama que acabó con sus huesos y los de Ángela Ding en la cárcel. No obstante, al hablar con él lo saludó en la misma clave cariñosa de siempre, le aclaró que todo estaba resuelto, y añadió: «Quiero celebrarlo contigo». El italiano, afincado en Málaga desde hacía varios años, respondió: «Ven. No es bueno dejar para mañana lo que puede hacerse hoy mismo». Por si acaso, mientras la esperaba comprobó que las armas de fuego escondidas en su domicilio estaban cargadas y en perfecto estado para ser utilizadas, si hacía falta. Estaba solo

y tenía que tomar todas las precauciones posibles. Pensó incluso en llamar a alguno de sus ayudantes, por si la Gitana no venía en son de paz. Pero desechó la idea: quería estar con ella y le pareció que su amiga tenía el mismo deseo.

Cuando Micaela llegó a la mansión del mafioso esperó a que se abriera la verja del jardín, avanzó con paso firme, sonrió al entrar en la casa y, a modo de rito que ambos conocían, movió majestuosa las caderas y echó hacia atrás su cabello, dejando un instante los codos alzados a la altura de la cabeza y los dedos unidos detrás de la nuca. Solo le faltaba un guante para despojarse de él con la sensualidad que inmortalizó a Rita Hayworth transformada en Gilda. A continuación, sin mediar palabra, se quitó la chaqueta de cuero y comenzó a desabrocharse la camisa hasta dejar a la vista el sujetador. Después, se despojó de la camisa y del sujetador de encaje. Mientras lo hacía, pensó: “Mis dos monumentos. Muchas las admiran y no pocos las desean. Me encanta cómo las mira el Macarrón, sin reparar en nada más. Pero tengo que ser muy cuidadosa. Muy precavida y seductora”. Micaela rara vez tenía reparos en mostrar sus pechos: ni pequeños ni demasiado grandes; curvados por abajo, pero consistentes y con los pezones erectos; con sendas aureolas aparentemente ruborizadas, aunque encantadas de exhibirse como anticipo de un busto incapaz de proyectar doblez de ningún tipo. Sabía que los pechos de una mujer simbolizan la vida y la ternura, pero a menudo se asocian también con algunas de las desdichas que persiguen al ser humano desde sus orígenes. Y esa ambigüedad le gustaba; la excitaba, incluso.

—Nadie me había informado de que estabas en libertad. Pero me alegro mucho. Y veo que tus tetas también están bien contentas. Exultantes de felicidad y placer —dijo el mafioso, nada más verla.

—Acaban de soltarme —respondió Micaela—. La libertad se ha apoderado de mí... y de ellas.

—Ni que lo digas. Ricas, ricas... Están para comérselas. Y para comerte a ti también, enterita. No hay cárcel capaz de marchitar tus encantos, *principessa*.

—Soto del Real era solo un lugar de paso. Aunque he estado demasiado tiempo allí, en la oscuridad, rodeada de estúpidas delincuentes de todo tipo. Pero en ese sitio se aprende mucho.